

burgo, al cuerpo del ejército que había salido de Hamburgo á las órdenes del mariscal Davout. El resto de los ciento cincuenta mil hombres mandados por el príncipe de Suecia fué dedicado al bloqueo ó al sitio de las plazas del Óder y del Vístula.

Perfectamente se hallaba enterado el mariscal Oudinot de semejante estado de cosas, y con razón le traía caviloso. Por la naturaleza del terreno subía de punto la dificultad de su encargo. Avanzando hacia Berlín, entre el Elba y el Spree, había que caminar en medio de una doble línea de aguas alternativamente estancadas ó corrientes, las cuales podían designarse una por el riachuelo Dohna, que desagua más arriba de Berlín en el Spree, y otra por el Nutha, que se lanza en el Hável junto á Potsdam. En el seno del ángulo formado por esta doble línea de aguas, se hallaba el ejército del Norte establecido en una posición excelente, la de Ruhlsdorf, cubierto por una artillería poderosa y guardado á lo lejos por una innumerable caballería. No era posible aventurarse por entre este laberinto de bosques, de arenas, de estanques, de riachuelos, sin correr siempre un doble peligro, el de ser desbordado ó rebasado, si se marchaba por un camino solo, ó el de ser separado, si se querían abarcar muchos, en dos ó tres cuerpos, á quienes la falta de comunicaciones transversales haría incapaces de prestarse mutuos socorros.

Desconfiando el mariscal Oudinot al partir para esta empresa á un mismo tiempo del enemigo, de los lugares, de sus lugartenientes y de sí propio, de buen grado cediera á otros el peligroso honor que se le había destinado. Sin duda le había escrito Napoleón que dentro de pocos días tendría en Berlín más de cien mil franceses, porque según sus cálculos, hechos por desgracia desde lejos, se incluían los treinta mil hombres del mariscal Davout y los diez mil que á las órdenes del general Girard debían salir de Magdeburgo. Pero antes de que esta reunión pudiera llevarse á cabo, se necesitaba que la primera dificultad estuviese superada, la de penetrar sobre Berlín, y se debía superar con un ejército muy inferior al del enemigo y por entre un país casi impenetrable.

De consiguiente el mariscal Oudinot no había tomado estas promesas muy en serio, y siempre se veía en medio de un país de los que ofrecían más dificultades, y obligado con sesenta y cuatro mil hombres á marchar contra Berlín al cual protegían noventa mil soldados. Con sus tres cuerpos se hallaba el 18 de agosto en Baruth, á tres jornadas de la capital de Prusia. Pero teniendo que atraer á la división de gruesa caballería del general DeFrance, que debía formar parte de la reserva del duque de Padua y acababa de juntarse al ejército de Wittemberg, operó un movimiento transversal de derecha á izquierda, y trasladóse de Baruth á Luckenwalde. Después de allegar su caballería gruesa, volvió á tomar su camino al Norte, avanzando entre Zossen y Trebbín, por el centro de aquella doble línea de aguas, que van á converger á Berlín, según se ha dicho.

Enfrente de Trebbín estaba el 21, á algunas leguas del ejército contrario, que empezaba á concentrarse á medida que se angostaba el terreno y nos íbamos aproximando. Entre las dos líneas de agua se alzaba una serie de colinas llenas de matorrales, y en sus laderas

se desarrollaban dos caminos por los cuales se podía ir hacia la capital de Prusia. Siguiendo uno de estos dos caminos, el de la izquierda, que pasaba por Trebbín, había que cruzar un riachuelo, y que trepar después á una altura cubierta de bosques para llegar á Gross-Beeren. Enteramente separado el de la derecha del otro, después de trepar también colinas, iba á desembocar por Blankenfelde á alguna distancia de Gross-Beeren sobre la derecha. El mariscal Oudinot resolvió seguir á la vez estos dos caminos, por precaución ante todo, pues no quería ser desbordado si descuidaba alguno de ellos, y luego por condescendencia, pues á sus lugartenientes les gustaba mucho marchar separados, y se lisonjeaba de que, vencidos los obstáculos, se juntarían en masa para acometer al enemigo.

A Trebbín atacó el día 21 con el 12.º cuerpo, dirigió el 4.º del general Bertrand sobre Schultzenhof, y encaminó el 7.º del general Reynier entre uno y otro hacia una aldea llamada Nunsdorf. Bastante bien atrincherada la pequeña ciudad de Trebbín se hallaba ocupada por un destacamento de las tropas de Bulow, y el cuerpo de Tauenzien guardaba el camino de la derecha, el de Blankenfelde. Empezó el mariscal Oudinot por abrumar á Trebbín con sus proyectiles, y después envió allí una brigada de la división de Pacthod, mientras el 7.º cuerpo amenazaba tomar la vuelta á la posición por Wistock. Estos movimientos combinados produjeron su efecto. En un arrabal de Trebbín penetró la brigada de la división de Pacthod á bayoneta calada, y viéndose desbordados los prusianos por el 7.º cuerpo, nos abandonaron esta pequeña ciudad, volvieron á pasar el riachuelo, de cuya defensa estaban encargados, y se replegaron sobre las colinas de la espalda. Hacia el camino de la derecha el general Bertrand ocupó á Schultzenhof con el 4.º cuerpo.

Forzoso fué el 22 cruzar el riachuelo disputado el día antes, trepar después las colinas sobre las cuales se elevaban los caminos de Berlín, trepar además en el de la derecha las alturas á cuyo largo pasaba el camino de Blankenfelde. Por dos puntos se aproximó el mariscal Oudinot al riachuelo, por el de Wilmersdorf y el de Witstock. Habiendo restablecido el paso la división de Durutte del 7.º por medio de caballetes, asaltaron con osadía los reductos del enemigo, y los ocuparon sin perder mucha gente. Los evacuaron las tropas de Bulow definitivamente, retirándose á la posición central escogida por el príncipe de Suecia. Al lado opuesto y después de un vivo cañoneo, apoderóse el general Bertrand de la posición de Juhnsdorf, que conducía á Blankenfelde. Se había dado, pues, un nuevo paso en aquella maleza, donde estábamos obligados ó á marchar divididos por dos caminos laterales, casi sin comunicaciones entre uno y otro, ó á marchar sin precaución contra un movimiento de flanco, si se tomaba un solo camino. A la verdad se podía obviar este inconveniente, avanzando con la masa de las fuerzas por un camino solo, y no dirigiendo por el otro más que algunos destacamentos de tropas ligeras, si bien se necesitara dislocar los diferentes cuerpos, y ejercer para hacerlo así sobre sus caudillos una autoridad que no osaba arrogarse el mariscal Oudinot, comandante directo del cuerpo 12.º, y más bien consejero que jefe del 4.º y del 7.º.

Todo anunciaba que positivamente se estaba cerca del enemigo y que se le iba á encontrar cara á cara dentro de poco. Una vez transpuesto el riachuelo, á cuyas orillas se había peleado el día antes, ya había que seguir la ladera de colinas llenas de matorrales y que desembocar en una aldea llamada Gross-Beeren, frente por frente de la posición central de Ruhlsdorf ocupada por el ejército del Norte. Hacia el camino de la derecha había que operar un movimiento semejante sobre la ladera de las colinas Juhnsdorf y de Blankenfelde, y si se lograba allí vencer la resistencia del enemigo, sin duda se rebasaba la posición de Gross-Beeren por este lado.

Esperando el mariscal Oudinot no encontrar al enemigo hasta después de pasar de Gross-Beeren y de tener tiempo de juntarse, por exceso de condescendencia dejó una tarea distinta á cada uno de sus lugartenientes. Decidió que sobre el camino de la derecha señoreara el general Bertrand á Blankenfelde para dirigirse á Gross-Beeren en seguida; y que sobre el camino de la izquierda el general Reynier, que había forzado el riachuelo Trebbín el día antes y trepado las colinas de la otra parte, fuera por la ladera de ellas y siguiendo el linde de los bosques hasta Gross-Beeren, é hiciera alto para tomar esta posición. Relativamente á su persona, en vez de ir detrás del general Reynier con el 12.º cuerpo, á fin de servirle de apoyo, imaginó pasar por Atensdorf á la otra vertiente de las colinas que debía recorrer éste, como si temiera importunar á sus lugartenientes con su presencia. Después debía desembocar sobre Gross-Beeren si bien á dos leguas de distancia hacia la izquierda, distancia casi igual á la que debía separar el general Bertrand de este punto hacia la derecha.

Cada cual se puso en movimiento á la mañana del 23 de agosto, según la dirección que le estaba señalada. Presentándose el general Bertrand sobre el camino de la derecha delante de Blankenfelde, halló al general Tauenzien fuertemente establecido sobre aquella altura, y vióse obligado á empeñar un violento cañoneo en su contra. Por espacio de cerca de tres leguas siguió el general Reynier sobre el camino de la izquierda con el cuerpo 7.º la ladera de las colinas, cuyo respaldo recorría el mariscal Oudinot, y desembocó delante de Gross-Beeren tras de caminar sin gran trabajo. Inmediatamente atacó esta aldea, y desalojó de allí á la división del general Bórstell. Con una impaciencia de triunfo, malísima consejera, avanzó mucho más allá de esta aldea, en vez de establecerse en su recinto, y divisó en posición sobre Ruhlsdorf á todo el ejército del príncipe de Suecia. Delante de él y á la derecha tenía la división de Bórstell, replegada sobre el grueso del cuerpo prusiano de Bulow; en el centro, si bien declinando algo hacia la izquierda, al ejército sueco, y finalmente, á la izquierda del todo á los rusos, esto es, sin contar el cuerpo de Tauenzien un conjunto de cerca de cincuenta mil hombres, cubiertos por una artillería numerosa. Para hacer cara á esta línea formidable sólo tenía diez y ocho mil hombres, seis mil de ellos franceses, excelentes soldados, y doce mil sajones, no iguales ni con mucho á los que habían hecho bajo sus órdenes la campaña de Rusia. A la verdad no sentía ganas de medirse con semejante masa de enemigos, pero habiendo avanzado tanto para darles caza, por fuerza los había de tener encima muy pronto.

Con efecto, los prusianos del general Bulow ardían en impaciencia por venir á las manos y por cubrir con sus cuerpos el camino por donde queríamos llegar á la capital de Prusia. Bernadotte vacilaba. Por primera vez iba á chocar en contra de los franceses, y los temía aún más que á su conciencia. Temblaba á la idea de que en un día solo desapareciera el prestigio de que había aspirado á rodearse en medio de extranjeros, blasonando de ser autor principal de los triunfos de Napoleón.

También temía comprometer al ejército sueco, sabiendo que no podía reemplazarlo si era destruído. De consiguiente para él se trataba de jugar su fortuna, su corona en un instante, y le dominaba una perplejidad que hasta hacía que se dudara de su valor de soldado. Desconfiando el general Bulow, á semejanza de todos los prusianos, todavía más de la lealtad de Bernadotte que de su denuedo, no aguardó su voz de mando, y marchó sobre el general Reynier á la cabeza de los treinta mil hombres que le reconocían por jefe. Hizo que le precedieran muchas bocas de fuego, y para romper las filas de su adversario más á golpe seguro, dirigió á la división de Bórstell sobre su flanco. No pudiendo ya cejar Bernadotte, al par que no queriendo comprometer sus fuerzas todas, contentóse con destacar su caballería y una artillería numerosa contra la izquierda de los franceses, al mismo tiempo que la división de Bórstell amenazaba su derecha. El general Reynier, que una vez en el peligro se portaba con el valor de un oficial veterano del ejército del Rhin, se mantuvo firme, con la esperanza de que se le socorriera en breve. Para mejorar de posición ejecutó un movimiento retrógrado, y apoyando su derecha en las casas de Gross-Beeren y su izquierda en una altura, desde donde su artillería caía á plomo sobre el enemigo, mostró muy buen continente. A pesar de una espesa metralla se adelantaron resueltamente los prusianos, animados por el doble deseo de salvar á Berlín y de hacer una presa que creían segura. La división de Durutte opuso heroica resistencia; pero los sajones, reclutas la mayor parte de aquel año, juntando á la debilidad de su edad un espíritu detestable, trabajados por oficiales que traían á su memoria que Bernadotte los había mandado y tratado como á hijos en 1809, no resistieron largo tiempo, y dejaron á la división de Durutte sin apoyo. Ésta no tuvo más arbitrio que retirarse, si bien lo hizo en buen orden y quitando al enemigo la gana de perseguirla. Por su parte la división de Guillemín del 12.º cuerpo, avanzando por el respaldo de la posición con el mariscal Oudinot al frente, se hallaba en Atensdorf á la hora del más violento cañoneo. Se apresuró á correr al fuego, y metióse hacia su derecha por entre los bosques, para socorrer á Reynier por el camino más corto. Llegando demasiado tarde para hacer cambiar el aspecto de la pelea, sirvió á pesar de todo para contener al enemigo, y se replegó en seguida, asaltada muchas veces por la caballería rusa, aunque sin ser rota. Cada cual se retiró al punto de partida de la mañana, el 12.º cuerpo á Thyrou, el 7.º á Wittstock. En buen estado se encontraba el 12.º, no así el 7.º, desorganizado por la completa derrota de los sajones. Más de dos mil de estos aliados fueron cogidos con quince bocas de fuego: algunos miles se habían desbandado, unos para juntarse á los suecos, otros para escaparse por retaguardia. Entretanto el general Ber-

trand, que mandaba el 4.º cuerpo, había hecho esfuerzos portentosos para vencer la resistencia de Tauenzien en Blankenfelde, y todo sin fruto. No lo hubiera alcanzado sino llevando aquellos esfuerzos hasta el último extremo, pero lo creyó ocioso, discurrendo que el triunfo del cuerpo principal en Gross-Beeren obligaría á Tauenzien á levantar el campo. De esta suerte cada cual había combatido sin armonía ni concierto, contando inoportunamente con su vecino, unos, como Bertrand y Oudinot, sin compensación alguna, otros por el contrario, como Reynier, con una compensación notable.

No obstante este descalabro, si se hubieran tenido algunas tropas exclusivamente francesas y de espíritu seguro, no se siguieran grandes consecuencias, pues al cabo de todo en línea sólo se habían perdido dos mil hombres. Pero con una mitad del total efectivo en tropas italianas y alemanas, siempre dispuestas á abandonarnos, y otra mitad de reclutas franceses, al principio confiados de sobra y ahora llenos de sorpresa de resultados del desastre, era difícil continuar avanzando sobre Berlín en presencia de noventa mil hombres. Ya más de diez mil aliados, sajones unos, bávaros otros, habían desertado de nuestras filas, y corrían hacia el Elba lanzando el grito de *¡sálvese el que pueda!* Ante tal estado de cosas juzgó el mariscal Oudinot que convenía emprender la retirada y aproximarse al Elba.

Al día siguiente, 24 de agosto, dió principio el movimiento retrógrado; ejecutólo en buen orden, aunque siempre acosado vivamente por los prusianos, ebrios de alegría y de orgullo, acusando á Bernadotte de traición ó de cobardía por no mostrarse tan ardiente como ellos, y corriendo sin consultarle en persecución de sus enemigos, más vencidos á sus ojos que lo estaban realmente. Detenerlos pudiera el mariscal Oudinot y reprimir quizá su ardimiento: sin embargo, no estando ya en camino de la capital de Prusia y debiendo renunciar á la esperanza de entrar en ella, le pareció poco prudente aventurar una acción dudosa con soldados alterados, y menos cuando el resultado sólo podía consistir en mantenerse entre Berlín y Wittemberg, sobre un país que no le ofrecía apoyo ni recursos. Por tanto abrazó el partido más seguro, el de venir á situarse bajo el cañón de Wittemberg, donde tenía la certeza de no correr ningún peligro, donde cubría el Elba, donde hallaba con qué subsistir en abundancia, y podía finalmente restablecer la moral de sus soldados. Todos llegaron allí del 29 al 30 de agosto, siempre disputando fuertemente el terreno á medida que se retrogradaba. Durante este tiempo la división activa de Magdeburgo salió de esta plaza, fué acometida por el general Hirschfeld y por los corredores rusos de Czernicheff, y agobiada por el número muy luego, volvió á las órdenes del general Girard al punto de partida, después de perder unos mil soldados y algunos cañones. En las cercanías de Hamburgo el mariscal Davout, salido de la plaza con treinta mil hombres, diez mil de ellos daneses, avanzó en dirección de Schwerin, forzando al cuerpo anglo-alemán que tenía delante á replegarse, y dispuesto á arrollarlo tan luego como tuviera noticia de un triunfo del mariscal Oudinot en los alrededores de la capital de Prusia. Pero en la duda se veía obligado á proceder con circunspección suma, y á evitar un contratiempo, y sobre todo un desastre.

No habiendo podido penetrar hasta Berlín el cuerpo principal á las órdenes del mariscal Oudinot, ya era un delirio la reunión en esta capital de cien mil hombres según Napoleón lo había esperado. Sin duda se habían cometido faltas: el mariscal Oudinot no tuvo sus cuerpos bastante unidos; no gustaban marchar juntos sus lugartenientes, y cayó en la flaqueza de prestarse en demasía á este gusto. De cierto resaltaban estas faltas en la ejecución del movimiento sobre la capital de Prusia; pero apenas hay que decir que la culpa esencial era de Napoleón, que despreció en demasía lo que llamaba el *remiendo* de Bernadotte, y le opuso un verdadero *remiendo* á su turno, donde por una mitad de franceses prontos á la pelea había otra mitad de alemanes y de italianos prontos á desbandarse, y que finalmente contó de sobra con la reunión en Berlín de cuerpos procedentes de puntos tan distantes como Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo. Evidentemente valiera más no aventurar á Oudinot sobre la capital de Prusia, lo cual permitiera no mantener al mariscal Macdonald sobre el Bóber, y aquí, como siempre, la exageración de los designios políticos de Napoleón hizo caducar los planes del caudillo; reflexión que á fuerza de repetida se hace fastidiosa, y que repetimos á pesar nuestro porque este triste asunto la engendra de continuo, y porque sólo ella explica los errores de tan gran capitán.

Estos graves desengaños, y no una enfermedad inventada por aduladores, sorprendieron á Napoleón al día siguiente de sus victorias del 26 y del 27 de agosto, y llegando uno tras otro á su noticia, le llevaron de Pirna á Dresde, y le retuvieron allí el 29 y el 30 de agosto, mientras Vandamme quedaba sin apoyo en Kulma. Estos desengaños tenían suma trascendencia, pues era una muy diferente la situación de la que había esperado Napoleón al tratar de extender desde el Elba al Vístula su brazo; como que en vez de Macdonald victorioso y persiguiendo á Blücher en Silesia, se tenía encima á Blücher victorioso y á Macdonald derrotado; en vez de cien mil hombres dentro de Berlín, se tenía á Oudinot replegado en Wittemberg y privado de más de diez mil hombres; á Girard repelido á Magdeburgo con pérdida de mil soldados; á Davout, en fin, condenado á fluctuar al frente de treinta mil hombres en medio de los pantanos de Mecklemburgo. Ignorando todavía el 30 de agosto el desastre de Vandamme, que no supo hasta la mañana siguiente, concibió después de profundas meditaciones un nuevo plan de los más extensos, de los más fuertemente combinados, porque hasta ahora distaban mucho los reveses de sus lugartenientes de haber desconcertado su genio ni quebrantado su confianza en la fortuna. Más de una vez pensó en correr á Praga, en herir á Austria sobre una de sus capitales, y en romper hasta cierto punto la coalición en la cabeza del ejército principal donde residían los tres soberanos aliados. A la verdad, si después de la batalla de Dresde siguiera á todo trance al ejército de Bohemia, ya muy abrumado, probablemente disolviera la coalición de golpe, y sin duda lo ejecutara, á no ser por las noticias recién llegadas de Silesia y de la capital de Prusia. A ello le convidaba sin tregua el mariscal Saint Cyr, el más agudo de sus lugartenientes, cuyos raros talentos avaloraba en lo justo, aunque le desagradara su espíritu crítico y desconfiara á veces de la exactitud de sus miras. Pero

contra este plan le ocurrían graves objeciones. Ante todo había que cruzar las montañas de Bohemia, dar más allá batalla, con el peligro de que se acabara de escapar milagrosamente el grande ejército de los coligados, el de no tener más que espantosos desfiladeros para la retirada en el caso de ser batido. Después se necesitaba ir á tomar á Praga, cuyas defensas restauradas á toda prisa podían oponer una imprevista resistencia. Aun dando este obstáculo por vencido, se habría dilatado la línea, ya larga de sobra, todo lo que Praga dista de Dresde, distancia muy agravada por el terreno y por las montañas. De este modo se hallaba Napoleón más lejos de su ejército de Silesia, más lejos de su ejército del bajo Elba, y en la imposibilidad de socorrerlos si experimentaban reveses. Estas objeciones le apartaron siempre con fuerza del proyecto de trasladarse á Bohemia, y no pensó en ejecutarlo más que un instante, cuando viéndose en Zittau esperó caer de improviso en medio de los cuerpos que iban á formar el ejército del príncipe de Schwartzberg. Pero á la sazón era cosa inadmisiblemente, hallándose Macdonald vencido y Oudinot rechazado de Berlín á Wittemberg y habiendo que alejarse de ellos para acometer semejante empresa; así Napoleón sólo pensó en acercárseles desde que supo sus reveses, y de pronto, con aquella fecundidad inagotable, que era uno de los atributos de su genio poderoso, ideó llevar de Dresde á Berlín el nuevo centro de sus operaciones.

Había que batir á Blücher, pues el primer choque en su contra durante los días 22 y 23 de agosto no tuvo consecuencias; había que batir á Bernadotte, quien lejos de experimentar reveses obtuvo ventajas, debiendo ser tan útil como satisfactorio rebajar su orgullo, castigar su traición y destruir su falso renombre. Graves motivos eran éstos para dirigir nuestros golpes hacia este lado. Encaminándose Napoleón hacia Berlín con su guardia y con la mitad de la reserva de caballería, es decir, con cuarenta mil hombres, recogía al paso á Oudinot, abrumaba á Bernadotte, entraba en la capital de Prusia, llamaba allí á la división de Girard, al cuerpo de Davout, rehacía de este modo la concentración de cien mil hombres con que había contado tanto, la dirigía sobre Stettin y Custrin, donde nuestras guarniciones tenían necesidad de ser avitualladas de nuevo, alentaba á las del Vístula, y acto continuo podía volver en persona á Luckau, entre Berlín y Dresde, pronto á caer sobre el flanco de Blücher, si éste había osado trasladarse junto al Elba.

Siete ú ocho marchas separaban á Napoleón de la capital de Prusia: de diez y ocho á veinte días necesitaba para ir y volver á lo sumo, y para cubrir á Dresde en su ausencia había tomado las siguientes disposiciones: allí quería dejar á Vandamme con el primer cuerpo, como que el 30 por la mañana, momento de estos proyectos, ignoraba el desastre de Kulma; además de Vandamme á Saint-Cyr, Víctor y Marmont con una porción de la reserva de caballería. Se proponía colocar estas fuerzas, constituyendo un ejército de cien mil hombres, y calculaba que éste, apoyado sobre Dresde é inmediato á Macdonald, el cual debía ser traído según este plan hasta Bautzen, se hallaría en aptitud de resistir á un nuevo ataque del ejército de Bohemia, ataque poco verosímil tras del desastre reciente experimentado por éste, al menos en el espacio de quince días. Así

Napoleón esperaba tener tiempo de hallarse de vuelta después de descargar sobre Berlín un golpe decisivo, y á su aproximación se debía desvanecer todo nuevo proyecto contra la capital de Sajonia. Ciertamente Blücher, noticioso de la batalla de Dresde y de que tenía á Napoleón sobre el flanco, pues lo estaría en el camino de Berlín, no se atrevería á pasar de Bautzen. Y en todo caso, aproximándose Macdonald al Elba, y estando éste y Murat espalda con espalda, ninguno de los dos tenía que recelar un peligro serio.

Terminada la expedición á la capital de la Prusia, el proyecto de Napoleón consistía en establecerse en Luckhau, entre Berlín y Dresde, atraer allí el cuerpo de Marmont y toda la reserva de caballería, dejar en Dresde y en el campo de Pirna sesenta mil hombres y en Bautzen otros tantos, mientras con igual número estuviera pronto á correr ó á Berlín ó á Bautzen ó á Dresde, según la necesidad lo exigiera, cosa que podía hacer en tres días de una rápida marcha. Desde esta posición estaba seguro de proveer á todo, porque, situado á tres jornadas de la capital de Prusia, se hallaría además sobre el flanco de Blücher y bastante cerca de Dresde para llegar á tiempo, si se presentaba el ejército de Bohemia. Hasta es probable que según este plan consiguiese trasladar la guerra al Norte de Alemania, pues encontrándose la reunión del Norte disuelta y Bernadotte castigado, los prusianos querían volver á ganar su país á fin de defenderlo, y atraerían allí á los rusos, y de este modo se hacían sufrir los horrores de la guerra á los alemanes más hostiles, y descubriendo algo el alto Elba, se cubriría el bajo del todo, es decir, á Hamburgo, donde existía la línea de comunicación más excelente, la de Hamburgo á Wesel. Verdad es que en este caso quedaba la eventualidad de ver trasladados al alto Rin á los austriacos, probabilidad poco verosímil, porque no se atreverían á avanzar tan lejos pudiendo caer Napoleón sobre sus espaldas. Además éste se hallaría autorizado á hacer valer para con ellos los cuidados que ponía en alejar la guerra de su territorio, y podría sacar de aquí una nueva ocasión de negociaciones, cosa no imposible, siendo los austriacos los menos comprometidos entre todos sus adversarios, los menos implacables, los únicos dispuestos á tratar razonablemente.

Tal era su plan el 30 de agosto por la mañana, plan ya escrito y acompañado con órdenes redactadas del todo (1) cuando la noticia del suceso de Kulma vino á trastornar sus vastas concepciones. Cruelmente le affigió el desastre de Vandamme: con el del Katzbach y el de Gross-Beeren iban ya tres graves descalabros, que igualaban en importancia y aun sobrepujaban á los triunfos alcanzados en torno de Dresde, como que el prestigio de la victoria había pasado á la parte de los coligados y á la de Napoleón no quedaba más que el prestigio siempre brillante de su antigua gloria. Por primera vez pensó que acaso había blasonado en demasía de sus fuerzas, rehusando las condiciones que se le habían ofrecido en Praga, y avaloró mejor el inconveniente de la juventud en sus soldados, del contagio de los sentimientos germánicos entre sus aliados, del

(1) En la secretaría de Estado existen este plan escrito y las órdenes expedidas de resultas, y escribimos con documentos tan irrefragables á la vista. (N. del A.)

desaliento entre sus lugartenientes. ¡Quizá llegó hasta el extremo de dolerse de haber desgraciado ó desacreditado ó prodigado en el fuego á generales en jefe de la altura de Massena, Davout y Lannes! Sin duda tenía aún caudillos valerosos, héroes como Ney, Oudinot, Macdonald, Víctor y Murat, bien que estaban poco acostumbrados al mando en jefe: no los probaba más que en un instante poco propicio á alentarlos, en un instante en que las pasiones de Europa, la fortuna, el viento del triunfo, todo en fin se había vuelto contra nosotros.

Más de un día estuvo, por decirlo así, aterrado bajo estos golpes repetidos; pero no fué atacada de esterilidad su mente inagotable: su energía, su imaginación y hasta sus ilusiones se reanimaron al día siguiente, y formó un nuevo proyecto, menos vasto que el precedente, aunque fuertemente concebido. Ante todo quiso dar otro jefe á los tres cuerpos destinados á marchar sobre la Prusia, y escogió al mariscal Ney, á quien nadie superaba en bravura sobre el campo de batalla, si bien no había dirigido grandes ejércitos hasta entonces. Napoleón hizo esta elección porque el alma confiada é intrépida del mariscal Ney aún no había sido atacada del desaliento, ya tan visible en nuestros demás generales. A Wittemberg le envió dirigiéndole las palabras más animadoras y las instrucciones más puntuales. Véase á qué plan general correspondían estas instrucciones.

Napoleón le previno, después de reunir y de reanimar á los cuerpos 4.º, 7.º y 12.º, quedando Oudinot al frente de este último directamente, que se encaminara á Baruth, á dos jornadas de Berlín, y aguardara allí las órdenes del cuartel general. Personalmente determinó trasladarse á Hoyerswerda, distante tres jornadas de Baruth y dos de Dresde, con la guardia, la mayor parte de la reserva de caballería y el cuerpo de Marmont. Apostado allí en Lusacia, entre Berlín y Gorlitz, podía, según fuera de su agrado, ó declinar hacia la izquierda sobre Berlín y ayudar á Ney á penetrar en este punto, lo cual le volvía á su vasto plan del 30 por la mañana, ó lanzarse á la derecha sobre el flanco de Blücher y abrumarle, si éste porfiaba en estrechar á Macdonald y venía á inspirar zozobra por Dresde. Imposible era de seguro imaginar una combinación más sabia ni más adecuada á las circunstancias, pues Napoleón tenía la certidumbre de que, uniéndose á uno de sus lugartenientes, el que hacía cara á Bernadotte ó el que hacía cara á Blücher, conseguiría al frente de aquél ó de éste la victoria. Sólo esta vez no se situaba más que á dos cortas jornadas de Dresde, dudoso como estaba de las disposiciones del ejército de Bohemia. Si éste avanzaba de nuevo, repuesto del desastre de Dresde por el triunfo de Kulma, retornaba seguidamente para descargarle un segundo golpe como el del 27 de agosto. Si era Blücher quien se mostraba atrevido, desde Hoyerswerda caía sobre su flanco, y le tornaba á rechazar sobre el Óder por largo tiempo. Finalmente, si no aparecían emprendedores ni el ejército de Bohemia ni el de Silesia, en su mano estaba empujar desde Hoyerswerda á Ney sobre la capital de Prusia y sin necesidad de seguirle. En efecto, bastaba que le apoyara hasta Baruth, pues encontrándose el impetuoso Ney con retaguardia semejante, era muy capaz de arro-

jarse sobre Bernadotte, de atropellarle por completo y de entrar en la capital de Prusia. Una vez consumado este grande acto, Napoleón quedaba libre de volver á Hoyerswerda, desde donde amenazaría á Blücher ó á Schwartzberg, en suma, á aquel de los dos que intentara alguna cosa. Todo era no solamente profundo, sino verdadero y exacto en estas combinaciones, y ni una había que no se lograra diez años antes de una manera esplendente, cuando nuestros soldados estaban á prueba de las duras alternativas de la guerra, cuando nuestros generales se sentían llenos de confianza, cuando Napoleón se hallaba en el caso de responder de los demás como de sí propio, cuando menos resueltos á vencer ó á morir sus contrarios, no se manifestaban propicios á perseverar aun en medio de las mayores derrotas. Pero actualmente, en el estado moral de nuestros enemigos y de nosotros, hasta con generales y soldados que conservaban el heroísmo, todo se resentía de inseguro (1).

Después de expedir las órdenes oportunas tomó Napoleón las más hábiles disposiciones para que Dresde no quedara descubierto durante su ausencia. Ante todo reorganizó el cuerpo de Vandamme, del cual habían ya entrado numerosas reliquias. Además habían regresado aisladamente ó en tropa la división 42.ª restituida al mariscal Saint-Cyr y que había sufrido poco, y unos quince mil hombre de todas armas y pertenecientes al primer cuerpo. Todos los franceses habían retornado á las filas, excepto los quedados fuera de combate ó los cogidos por los contrarios. Se habían perdido el material de artillería y por desgracia algunos de los oficiales más distinguidos.

No se sabía el paradero de Haxo ni de Vandamme, y hasta se suponía muertos á uno y á otro. Habiendo remanecido el secretario del general Vandamme, Napoleón hizo que se apoderaran de sus papeles, á fin de extraer de ellos su correspondencia militar y de arrancar la prueba de las órdenes enviadas á este infortunado; y hasta incurrió en la debilidad de negar lo que había expedido para que avanzara sobre Tœplitz, y sin ensañarse contra Vandamme, y antes bien compadeciéndole, escribió no obstante á todos los jefes de cuerpo que la instrucción dada á este general consistía en detenerse sobre las alturas de Kulma; pero que, arrastrado por demasiado ardimiento, se había empeñado en el llano y se había perdido por exceso de celo. La relación auténtica que hemos presentado demuestra la falsedad de estas aserciones, inventadas para conservar á Napoleón una autoridad sobre los ánimos de que en este momento necesitaba más que nunca.

Su primera atención fué buscar para este cuerpo tan maltratado un caudillo valiente como Vandamme, si bien más circunspecto. Eligió al ilustre general Lobau, que á una rara energía juntaba un notable discernimiento militar y un gran tino, oculto bajo formas toscas y marciales. Efectivamente, el conde Lobau poseía y merecía la entera confianza de Napoleón, que siem-

(1) Por no conocer la correspondencia de Napoleón ni de sus lugartenientes, se le han atribuido con relación á esta época los proyectos más quiméricos y menos razonables; pero merced á la posesión y al estudio de esta correspondencia, no le atribuímos ningún proyecto, ningún cálculo que no sean ciertos, y están demostrados por auténticas pruebas. (N del A.)

pre le tenía á su lado, ora para los golpes vigorosos, ora para las comisiones que exigían juicio, exactitud y franqueza. Juntando este intrépido y agudo soldado, tan conocido de los hombres de nuestra generación, á una talla de granadero y á un rostro avinagrado la más profunda sutileza, salía de todas las comisiones que Napoleón le confiaba sin engañarle y sin producirle desagrado, componiéndose para decir la verdad de modo de no comprometerse y de no comprometer á nadie. A su rara destreza, á su extremada bravura, unía el talento y el gusto de la organización de las tropas, en lo cual era sobresaliente. No se podía hacer elección más acertada para restituir al primer cuerpo el espíritu militar que debía haber perdido en el desastre de Kulma. Napoleón distribuyó este cuerpo en tres divisiones de diez batallones cada una, le devolvió la mitad de la división de Teste momentáneamente segregada, le quitó la brigada de Reuss también prestada por de pronto, y ya con los soldados vueltos á las filas, ya con algunos batallones de marcha y procedentes de Maguncia, todavía proporcionó un efectivo de diez y ocho mil hombres. De los arsenales de Dresde, adonde se había llevado un inmenso material para estos cuidados, sacó para reemplazar los fusiles perdidos y las setenta y dos bocas de fuego abandonadas sobre el campo de batalla de Kulma. A los que lo necesitaban les proveyó de vestido y calzado, nada omitió por restablecer la moral de los hombres, ya con estímulos, ya con revistas, ya con esas pequeñas satisfacciones materiales que constituyen la felicidad del soldado. Encargado fué el conde de Lobau de operar esta resurrección dentro de algunos días, pensando Napoleón servirse del primer cuerpo para la defensa de Dresde durante su próxima ausencia.

A la conservación de Dresde proveyó de esta manera. En vez de dejar allí el 14.º cuerpo solo, como cuando marchó á Silesia, dejó el 14.º del mariscal Saint-Cyr en el campo de Pirna, el 2.º del mariscal Víctor en Freyberg, y por último, el 1.º del conde de Lobau en el interior mismo de Dresde, donde tendría más facilidad para reorganizarse. El 14.º cuerpo, que después de tornar á recibir la división 42.ª contaba ya cuatro, debió guardar á Königstein y Lillienstein, el puente del Elba echado entre estos dos fuertes, el campo de Pirna, el desfiladero de Peterswalde y las avenidas secundarias de la Bohemia, que venían á caer sobre la derecha de la calzada de Peterswalde.

El mariscal Víctor en Freyberg vigilaba sobre la gran calzada de este punto y sobre el camino de Tœplitz por Altenberg. Entre uno y otro galopaba la caballería de Pajol para ejercer una activa vigilancia. Si tornaba á aparecer el ejército de Bohemia, estos dos cuerpos estaban encargados de oponer resistencia moderada, suficiente sólo para retardar sin comprometerse la marcha del enemigo, y de replegarse sobre Dresde, dando allí la voz de alerta. Se debían de ir á situar el mariscal Saint-Cyr sobre la izquierda del campo atrincherado, donde ya había peleado valerosamente el 26 de agosto, y el mariscal Víctor sobre la derecha, donde el 27 había decidido el buen éxito de la batalla. Atacados formalmente, sus órdenes eran las de meterse detrás de los reductos, elevados de cinco á ocho y mucho mejor armados. Habiendo notado Napoleón durante el ata-

que de Dresde muchos defectos en su establecimiento, nombró un comandante especial para cada uno, aumentó su artillería, preparó artilleros de relevo para servirlos, prohibió que en ninguno de ellos se dejaran arcas de municiones, y con sacos de tierra hizo construir cierta especie de reductos que hicieran veces de almacenes de pólvora durante la pelea. Su armamento distribuyólo en artillería de posición necesariamente inmóvil y en artillería montada que se trasladaría de la orilla derecha á la orilla izquierda del Elba, según fuese el ataque por la una ó por la otra. Esmeradamente recomendó que hubiera tropas de reserva detrás de cada reducto para volverlo á tomar en el instante mismo en que se perdiera, y decidió por último que el primer cuerpo, á las órdenes del conde de Lobau, se colocara detrás de los de Saint-Cyr y Víctor de reserva, para desembocar á última hora, según lo ejecutó el 26 la guardia, sobre el enemigo que se creyese triunfante. Vese, pues, que era una repetición muy mejorada de la jornada del 26 de agosto y que prometía igual buen suceso, porque los tres cuerpos de Saint-Cyr, de Víctor y de Lobau juntaban cerca de sesenta mil hombres, es decir, más de los que Napoleón tuvo el 26 para resistir á los doscientos mil del ejército de Bohemia. Añadiendo la circunstancia de que en vez de hallarse á cuatro ó cinco jornadas, como al tiempo de la primera aparición del enemigo, no se hallaría más que á dos situándose en Hoyerswerda, Napoleón se alejaba sin zozobra en punto á la conservación de Dresde, si el ejército de Bohemia renovaba su reciente maniobra, operando por la orilla izquierda del Elba. Si por el contrario variaba de marcha y acometía por la orilla derecha, cayéndole encima Poniatowski, Macdonald y Napoleón mismo, estarían aptos para abrumarle. Una vez adoptadas estas sabias disposiciones, despachó el 2 de septiembre la caballería de la guardia á las órdenes de Nansouty con dos divisiones de infantería de la joven guardia á las de Curial y llevólas sobre Königsmühl, á la izquierda del camino de Bautzen y en la dirección de Hoyerswerda. Contaba con hacer partir en la misma dirección el día 3 á la vieja guardia de Dresde y al resto de la joven guardia de Pirna. También tenía el proyecto de emprender la marcha personalmente el día 4 para trasladarse á Hoyerswerda. Mr. de Basano debía permanecer en Dresde, enterado de todo, hasta de los movimientos militares, que comprendía regularmente, á fin de que con aquella adhesión activa que compensaba en su persona una sumisión demasiado ciega, transmitiese á cada uno y siempre á tiempo el aviso de lo que le interesaba.

Ocupado estaba Napoleón en dar sus órdenes el 3 de septiembre, cuando recibió de Bautzen despachos urgentes del mariscal Macdonald. Éste, según Napoleón decía, se hallaba desconcertado por la marcha vehemente de Blücher en su contra. Blücher, que no era hombre para dominarse después de un triunfo, tan luego como bajaron algo las aguas, apresuróse á seguir el avance, con objeto de sacar las mayores consecuencias posibles del feliz suceso que á orillas del Katzbach había logrado. Situando parte de su infantería hacia las montañas, y parte en el camino real de Breslau á Dresde, lanzando su inmensa caballería á las húmedas llanuras que riegan sucesivamente el Bóber, el Pseiss, el Neisse, el Spree, y rebasando constantemente el flanco